

# Crónicas reales: Juan II y Enrique IV de Castilla

*Por José Alberto Cepas Palanca*

***Juan II de Castilla, el de Antequera,(1405-1454).*** Nació un seis de marzo en Toro (Zamora). Falleció en el Palacio de Luis García de Morales, de Valladolid. Está enterrado en la Cartuja de Miraflores, Burgos.



*Juan II de Castilla*

*Juan II*, que comenzó a reinar, aparentemente, por sí mismo a los 14 años, en 1419, estaba dotado de excelentes cualidades como hombre, pero carecía de todas las que son de un rey. Él mismo, cuando la proximidad de la muerte proyectaba sobre las cosas una nueva claridad, se quejaba de la fortuna que le había situado en un trono. De su madre, Catalina de Lancaster había heredado la prestancia física, la abulia y la estrechez de miras. Según

un retrato de Fernán Pérez de Guzmán: “Fue este ilustrísimo rey de grande y hermoso cuerpo, blanco y colorado mesuradamente, de presencia muy real: tenía los cabellos de color de avellana mucho madura; la nariz un poco alta, los ojos entre verdes y azules, inclinaba un poco la cabeza, tenía piernas y pies y manos muy gentiles. Era un hombre muy atrayente, muy franco, muy gracioso, muy devoto, muy esforzado y le gustaba mucho leer a filósofos y a poetas, era buen eclesiástico, asaz docto en la lengua latina, mucho honrado de las personas de ciencia; tenía muchas gracias naturales, era gran músico, tañía, cantaba, trovaba y danzaba muy bien; muy aficionado a la caza, cabalgaba pocas veces en mula, salvo habiendo de caminar: traía siempre un bastón en la mano”. Honrado y bondadoso, de intachables costumbres, gran tañedor, poeta exquisito y delicado, tenía todas las cualidades de un hidalgo, ninguna las de un príncipe, y por eso su sino fue el presidir la contienda por los jirones del poder, que él abandonaba. *Juan II*, de carácter débil, fofo, abúlico y falto de energía para todo lo que hacía, prefirió dedicar su tiempo a los placeres y rodearse de poetas y músicos. Su abulia y desinterés por los asuntos de gobierno le llevaron a dejar la dirección del reino en manos ajenas.

Realmente, la historia del reinado es la historia de su valido Álvaro de Luna<sup>1</sup>, que es el sostenedor de la autoridad real y el paladín en Castilla de la lucha que en toda Europa mantenían los reyes, alentados por los juriscultos y por los literatos humanistas, por establecer la igualdad de todos ante el poder del príncipe, terminando con el particularismo medieval, tan propenso a injusticias.

Sucedió a su padre, *Enrique III el Doliente*<sup>2</sup> en el trono de Castilla y León a la edad de dos años. Su madre, como se ha comentado, fue Catalina de Lancaster<sup>3</sup>, y su tío, el infante *Fernando I de Aragón*<sup>4</sup>, se hizo cargo de la

---

<sup>1</sup>Álvaro de Luna (1390-1453), fue un noble castellano de la casa de Luna que llegó a ser Condestable de Castilla, maestre de la Orden de Santiago y valido del rey *Juan II de Castilla*. Está enterrado en la capilla de Santiago, en la girola de la catedral de Toledo.

<sup>2</sup>*Enrique III de Castilla*, llamado *el Doliente*, hijo de *Juan I* y de Leonor de Aragón, fue rey de Castilla entre 1390 y 1406. Le sucedió a su muerte su hijo, *Juan II*.

<sup>3</sup>Catalina de Lancáster (1373-1418), hija de Juan de Gante y de su segunda esposa, Constanza de Castilla y reina consorte de Castilla por su matrimonio con el rey *Enrique III de Castilla*.

regencia durante la minoría de edad del rey. La desconfianza que guardaba Catalina hacia Fernando se solventó en las Cortes de Segovia en 1407, donde se dictaminó que Catalina gobernase sobre Castilla y León, y que Fernando, que deseaba proseguir la guerra contra Granada, lo hiciera sobre Toledo, Extremadura, Murcia y Andalucía.

Las primeras operaciones las inició la flota castellana, que consiguió derrotar a la de Túnez. Desde Sevilla partió Fernando para sitiar Zahara que tomó en 1407, aunque fracasó en Setenil (Cádiz). Finalizada la tregua entre granadinos y castellanos, Fernando reanudó la ofensiva, ahora contra Antequera (Málaga). El rey musulmán, Yusuf III<sup>5</sup>, no pudo romper el cerco, Antequera, tras una dura resistencia, fue tomada al asalto en 1410. Su conquista le valió a Fernando el sobrenombre *el de Antequera* y una gran popularidad. Ese mismo año fallecía sin descendencia, el monarca aragonés *Martín I el Humano*<sup>6</sup>, lo que llevó a Fernando a presentar su candidatura a la Corona de Aragón en calidad de nieto por parte materna, de *Pedro IV el Ceremonioso*<sup>7</sup>. En 1412, por el *Compromiso de Caspe*<sup>8</sup>, fue elegido rey de Aragón y se despidió de Castilla.

---

<sup>4</sup>*Fernando I de Aragón* (1380-1416). Llamado también Fernando de Trastámara, Fernando de Antequera, Fernando *el Justo* y Fernando *el Honesto*, fue infante de Castilla, rey de Aragón, de Valencia, de Mallorca, de Sicilia, y de Córcega; duque de Neopatria y de Atenas; conde de Barcelona, de Rosellón, de Cerdeña y Regente de Castilla.

<sup>5</sup>Yusuf III fue un rey nazarí de Granada, decimosexto soberano de la dinastía nazarí que sucedió a su hermano Muhammed VII tras su muerte, ocupando el trono entre 1408 y 1417.

<sup>6</sup>*Martín I de Aragón* (1356-1410), llamado también *Martín I el Humano* y *Martín I el Viejo*, fue entre 1396 y 1410 rey de Aragón, de Valencia, de Mallorca, de Cerdeña y conde de Barcelona. Igualmente fue rey de Sicilia entre 1409 y 1410.

<sup>7</sup>*Pedro IV de Aragón* (1319-1387), llamado *el Ceremonioso* o el del Punyalet ('el del puñalito', debido a un puñal que solía portar), II de Valencia y de Ampurias, I de Mallorca y Cerdeña y III de Barcelona, rey de Aragón, Valencia y conde Barcelona; rey de Mallorca, duque de Atenas y Neopatria y conde de Ampurias.

<sup>8</sup>El *Compromiso de Caspe* fue un pacto establecido en 1412 por representantes de los reinos de Aragón, Valencia y del principado de Cataluña para elegir un nuevo rey ante la muerte en 1410 de *Martín I de Aragón* sin descendencia y sin nombrar un sucesor aceptado. Supuso la entronización de *Fernando de Antequera*, un miembro perteneciente a la dinastía Trastámara, en la Corona de Aragón.

Fernando con gran disgusto de Catalina de Lancaster, no renunció a su cargo de Regente de Castilla, con lo que la Regencia se convirtió en un Consejo. Catalina no aceptó de buen grado esta situación y comenzaron las intrigas. En 1416, fallecía *Fernando I el de Antequera*, y dos años lo haría la alcohólica Catalina de Lancaster, que en su juventud fue hermosa y esbelta, pero su desmedida afición a la comida y a la bebida la habían desfigurado.

En 1419, el Consejo dominado por los aragoneses, declaró a *Juan II* mayor de edad. Poco tiempo después, contraería matrimonio con su prima María de Aragón, hija de *Fernando I el de Antequera*, de quien tuvo tres hijas, que murieron muy jóvenes, y un hijo, Enrique, que heredó el trono de Castilla con el nombre de *Enrique IV* y que fue llamado *el Impotente*.

Los hijos de *Fernando I el de Antequera*, Enrique, Juan y Pedro se disputarán el control de la débil voluntad de *Juan II*, lo que sumirá a Castilla en el desorden.

La ausencia de Juan, que había ido a Navarra para celebrar sus esponsales con Blanca, la aprovechó su hermano Enrique para secuestrar a *Juan II* en Tordesillas. Apoyándose en la baja nobleza y en la Cortes, Enrique dispuso del reino a su antojo. Juan, enterado de la que había hecho su hermano, reunió tropas y marchó contra él. La intervención de Leonor Urraca de Castilla - condesa de Alburquerque - madre de ambos, impidió el enfrentamiento armado. Álvaro de Luna, que había permanecido con el reducido séquito de *Juan II de Castilla*, consiguió escapar con el rey, pretextando una partida de caza y refugiándose en el castillo de Montalbán (Toledo), en 1420. Enrique sitió a los fugados, pero éstos pudieron enviar un mensaje a Juan, que se encontraba en Olmedo, para que acudiera en su auxilio. El apoyo que las ciudades prestaron al rey y el miedo de un enfrentamiento entre los dos hermanos, persuadieron a Enrique de la conveniencia de levantar el cerco. Esta humillante retirada hizo que Enrique perdiera mucha de su antigua influencia. A cambio, creció, a partir de ese momento la de Álvaro de Luna, que se convertiría en su valido y en la práctica, el verdadero rey.

Según Fernán Pérez de Guzmán, Álvaro de Luna no tenía la prestancia física del rey: “Este Condestable fue pequeño de cuerpo e menudo de rostro, pero bien compuesto de sus miembros, de buena fuerza e muy buen cavalgador”. Debió de tener el don, tan necesario a un gobernante, de captar vo-

luntades y poseía todas las cualidades necesarias para brillar en la corte: “asaz diestro en las armas e en los juegos dellas muy avisado, en el palacio muy gracioso e bien razonado”. Había entrado en la vida como un mancebo bastardo de gran casa, desprovisto de medios de fortuna, y tuvo que acudir a las armas de los débiles. Fue así “muy discreto, gran disimulador, fingido y cauteloso que mucho se deleitaba en usar de tales artes y cautelas”. Lo que nadie pudo vislumbrar era la grandeza de las concepciones políticas de Álvaro y las extraordinarias dotes de valor, de inteligencia y de energía que puso al servicio del rey.

Él aspiraba a restablecer en Castilla la autoridad real. “Como no era rey, le fue preciso, con artes sutiles y mañas tortuosas, entremeterse en su lugar. La cosa no era difícil, pues en Castilla reinaba *Juan II*, de la especie de reyes desertores que del reinar quieren solamente la facilidad para los goces de la vida, pero huyen del duro y espinoso afán del oficio y lo entregan, con el dominio, a cualquiera que tenga hombros suficientes para aceptar la carga”. Pero si de apoderarse de la voluntad del rey no era difícil, para un cortesano tan hábil, fue empresa de gigantes el enfrentarse con el mundo de príncipes y de grandes señores, pletóricos de poder y de riqueza, de ambición insaciable, valientes y sin escrúpulos, apoyados solamente en la débil y vacilante voluntad real.



*Estatua de Álvaro de Luna en Cañete, Cuenca.*

Según su cronista, Gonzalo Chacón: “Cuando Álvaro fue de edad de diez años, él sabía ya todas las cosas que los otros niños grandes por entonces comienzan a aprender. Y sabía leer y escribir lo que convenía para caballero, e sabía ya cabalgar e ponerse bien a caballo, e procuraba traer limpio e bueno lo que traya, e ser muy cortés e gracioso en su fabla e continencia”. Estas cualidades le atrajeron la protección de su tío, Pedro de Luna y Albornoz, arzobispo de Toledo y que había sido atacado por Francia, Aragón y Castilla. Álvaro fue nombrado paje de *Juan II*, sabiendo granjearse la confianza de aquel niño por su graciosa conversación, su destreza en cantar y danzar, su habilidad en los torneos, por su amor a la poesía, pero sobre todo, por su profundo conocimiento de la psicología y del corazón humano. Álvaro de Luna fue un político avezado y muy hábil, gran enemigo de la nobleza, que le aborrecía, y que puso todo su empeño en prestigiar a la monarquía y en que el rey fuera respetado, aunque no lo consiguió. *Juan II*, que no sabía vivir sin él, le colmó de honores y riquezas: Condestable de Castilla, Maestre de Santiago, señor de muchas villas y cuantiosas rentas. El indolente y abúlico *Juan II* no cuenta; su reinado fue el de Álvaro de Luna.

El de Luna había nacido para mandar, y *Juan II*, nieto de tantos reyes, para ser mandado, pero siendo tan diferentes, se complementaron totalmente. Nada podía ser tan grato al rey como saber a su lado quien supliese su abulia y, guardando hábilmente todas las apariencias, le liberase del terrible deber de gobernar. Tanta era la autoridad natural que emanaba de la persona del paje, que según su cronista: “todos le fablaban con mucha reverencia e señorío, e quando algunas cosas fazían acerca dél en que le complacían mucho, acostumbrábanle decir: veamos señor: ¿Qué faréis vos por nosotros, quando Dios vos faga grande señor?”.

En 1422, el infante Enrique fue arrestado bajo la acusación de mantener contactos e inteligencia con el rey de Granada. Su hermano, *Alfonso V de Aragón*, lanzó graves acusaciones contra Álvaro de Luna y amenazó con una intervención contra él en el caso de que Enrique no fuese liberado. Las intrigas de la nobleza obligaron a Álvaro de Luna a mantenerse en segundo plano. Mientras, Enrique era liberado y se restablecía el partido de los infantes, encabezado ahora por Juan, que ya era rey consorte de Navarra. Tras no pocas conjuras para perder al valido y, según decían, hacer libre la voluntad del rey, para “para que por sí mismo rigiese e gobernase el reino”,

consiguieron que el valido fuera desterrado. Éste se retiró a Ayllón (Segovia) en 1427, que fue desde ese momento el centro de la política castellana.

Los desmanes y desórdenes provocados por los nobles vencedores obligaron al rey a revocar la orden de destierro. En 1428, Álvaro de Luna regresó más dueño de la voluntad del rey y más seguro de su valimiento. *Alfonso V de Aragón* recurrió a las armas para apoyar a sus hermanos. Castilla, Aragón y Navarra se vieron inmersas en una nueva guerra. Álvaro de Luna invadía Navarra por Estella a fin de que ésta se convirtiera en una plataforma para atacar Castilla, mientras *Alfonso V* fracasaba en su invasión a través del río Jalón. Finalmente, en 1430, en Majano (Segovia), se firmó una tregua que duró cinco años entre Castilla, Aragón y Navarra, en la que se estipuló la expulsión de Enrique, Juan y Pedro del territorio castellano.

A comienzos del verano de 1431, se emprendía la lucha contra Granada. La victoria de Higuera, Atarfe (Granada) no fue aprovechada por Álvaro de Luna, que optó por retirarse y reemprender la guerra en otra campaña, que nunca tuvo lugar.

Continuaron las discordias entre los nobles, como tampoco cesaron las intrigas para desterrar al valido, aunque la marcha a Nápoles de los infantes de Aragón dotó al reino de una apariencia de paz. A partir de 1438, se producen nuevos levantamientos de la nobleza y también el regreso de los infantes Juan y Enrique. El otro infante, Pedro, había caído luchando en Nápoles. Álvaro de Luna, una vez más, tuvo que confinarse en Ayllón, mientras los infantes tomaban a su cargo el gobierno del reino, reduciendo a *Juan II* a una situación de casi cautividad convirtiéndose en los dueños absolutos de Castilla. *Juan II* sufrió las más graves humillaciones, teniendo que cambiar constantemente de lugar para librarse de la presión que sobre él ejercían los infantes. A pesar de tantas revueltas e intrigas, en 1444, Álvaro de Luna volvía a regir los asuntos de Castilla con gran alegría del rey. Sin embargo, Enrique y Juan no estaban dispuestos a aceptar esta situación y en franca rebeldía, acudieron a las armas de nuevo. Los rebeldes se encontraron en Olmedo, en 1445, frente al ejército realista, comandados por Álvaro de Luna, que les derrotó. Enrique huyó a Aragón, donde falleció poco después, a causa de las heridas recibidas en la batalla, y Juan, se retiró a sus tierras de Navarra.

Ese mismo año, enviudó *Juan II* de su esposa, María de Aragón. Pensó Álvaro de Luna en la conveniencia de que el rey volviera a casarse, creyendo que al elegir él mismo esposa aseguraría más su posición por el agradecimiento que ésta le guardaría. En absoluto secreto, y sin consultar con el soberano, concertó la boda de éste con la infanta de Portugal, Isabel, de la casa de Avis, hija del infante Juan y nieta de Juan I de Portugal. Cuando Álvaro de Luna comunicó a *Juan II* su compromiso matrimonial, éste no se atrevió a oponerse a los planes de su valido; los esponsales se celebraron en 1447 en Madrigal de las Altas Torres, en Ávila. De este enlace nacieron: Isabel – la futura *Isabel la Católica*– que sería reina de Castilla, y Alfonso, muerto en extrañas circunstancias.

Mucho más joven que su gastado esposo, le fue fácil a Isabel de Portugal adueñarse de la voluntad de *Juan II*. Los intrigantes nobles le hicieron ver lo sujeta que estaba la persona de su marido a los dictados del valido y como éste tenía captada la voluntad de su esposo. Isabel presionó a *Juan II*, y su débil voluntad se fue ablandando sin tener en cuenta otras consideraciones. Isabel consiguió arrancar a su endeble marido una orden para juzgar al valido. Álvaro de Luna fue arrestado, y los jueces, todos enemigos suyos, le declararon culpable de usurpar el poder real, de apropiarse de las rentas de la Corona y haber dado hechizos al rey para dominarlo. Álvaro de Luna fue ajusticiado, decapitado en la Plaza Mayor de Valladolid, el dos de junio de 1453. Con su muerte, se abrió en Castilla un largo período de más de 20 años en el que la anarquía y la bajeza iban a tener acomodo cerca del trono.

Pocos meses después de la ejecución de Álvaro de Luna, *Juan II* caía en una profunda melancolía, producida, sin duda, por los remordimientos que le provocó su participación en la muerte de su valido. Perdió el apetito, descuidó los asuntos de gobierno, si es que alguna vez se ocupó de ellos, entregándoselos a su hijo Enrique, *el Impotente*, y al valido de éste, Juan Pacheco, marqués de Villena<sup>9</sup>. *Juan II* se encerró en sus habitaciones y

---

<sup>9</sup>Juan Fernández Pacheco y Téllez Girón (1419-1474), marqués de Villena. Fue un noble y rico hombre de Castilla. Dominó la política del reino desde los últimos años del reinado de *Juan II* hasta casi el reinado de *Isabel la Católica*. Se convirtió en hombre de confianza de *Enrique IV de Castilla*, de quien fue compañero de juegos durante su infancia después que el condestable Álvaro de Luna interviniese para que él y su hermano Pedro entrasen en la corte, donde ya se documenta su presencia en 1436 —como doncel o paje del infante— según se menciona en un manuscrito guardado en la biblioteca del Monasterio de El Escorial, que dice que “siendo

prohibió a la reina que entrara en ellas, dolido por la influencia que ejerció Isabel sobre su voluntad para conseguir eldescabezamiento de Álvaro de Luna.

*Juan II*, más aficionado a la literatura y a la vida muelle y fácil que a las tareas de gobierno, débil de carácter y flaco de voluntad, de claro entendimiento, aunque abúlico, falleció en Valladolid, en 1454, víctima de su propia ingratitud. Antes de morir le dijo a su médico: *Naciera yo hijo de un mecánico e hubiera sido fraile del Abrojo e non rey de Castilla*.

Isabel de Portugal se retiró al castillo de Arévalo, de donde saldría en pocas ocasiones. A los pocos meses de viudedad, comenzó a dar signos inequívocos de enajenación mental, por lo que sería conocida como “la loca de Arévalo”.

***Enrique IV de Castilla, el Impotente (1424-1474)***. Nació en Valladolid un cinco de enero y falleció en Madrid con 49 años, el 11 de diciembre. Está enterrado en el Real Monasterio de Santa María de Guadalupe, en Cáceres.



*Enrique IV de Castilla*

---

mozo vino a vivir con el príncipe Enrique (...) en la edad de mozo tuvo seso y autoridad de viejo.”

Hijo de *Juan II de Castilla* y de María de Aragón, también llamada María de Trastámara, comenzó a reinar a los 29 años de edad. Ya había intervenido en las revueltas cortesanas para derribar a Álvaro de Luna y en las luchas nobiliarias por el poder, que alcanzarían mayor extensión y guerras en su reinado. En 1440, Enrique siendo todavía Príncipe de Asturias, contrajo matrimonio con Blanca II de Trastámara y de Evreux, infanta de Aragón y Navarra y, por matrimonio, de Castilla; fue hija de Blanca de Navarra y de *Juan II de Aragón*. Casi 13 años duró este matrimonio, del que Blanca salió tan virgen como lo había comenzado. La impotencia de Enrique quedó demostrada por propia confesión, de modo que el arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo de Acuña<sup>10</sup>, comisionado por Roma, procedió a la anulación del matrimonio. Blanca regresaba a Navarra, donde le esperaba un triste destino.

Los primeros actos del soberano presagiaron un mejor futuro para Castilla. Firmó las paces con Aragón y Navarra y renovó la amistad con Francia. Reanudó la guerra contra los moros de Granada, por cuyas tierras pasó en 1456, talando su vega. En los dos años siguientes hubo nuevas incursiones que dieron escasos frutos, tomando algunas villas. Hasta los *Reyes Católicos*, no se volvió a pensar en guerra alguna contra los musulmanes.

El reinado de *Enrique IV* se convirtió en un conjunto de hechos denigrantes y vergonzosos para la Monarquía. El gobierno quedó en manos de validos – circunstancia muy frecuente en los años venideros –, siendo el primero y más importante Juan Pacheco, marqués de Villena, hombre astuto y ambicioso que no poseía las cualidades de Álvaro de Luna, pero que le superaba en defectos. En manos del ambicioso e incapaz Pacheco, la Corte castellana se había convertido en un prostíbulo feminoide, inspirado en los ambientes magrebíes. Mientras el rey, de tendencias euconoides<sup>11</sup>, se dedicaba a la danza, a la música y a la caza, se consagraba sin ningún recato a prácticas deshonestas. No le gustaban las expediciones militares contra Granada, siendo curiosamente muy aficionado a las costumbres musulmanas; tenía a

---

<sup>10</sup>Alfonso (o Alonso) Carrillo de Acuña (1410-1482). Importante prelado de la España del siglo XV. Su influencia en la vida política del Reino de Castilla, en los reinados de *Juan II*, *Enrique IV* e *Isabel I* fue enorme; su opinión fue muy variable, acomodándose a las circunstancias.

<sup>11</sup>Anormalidad morfológica (por causa endocrina o anomalías del desarrollo) gigantismo, impotencia, anomalía peneana, infertilidad, obesidad.

su servicio una guardia mora, pagada espléndidamente, comiendo y vistiéndolo de seda, él mismo, a la usanza musulmana.



*Grabado del marqués de Villena*

Ante el partido, cada vez más numeroso, que se iba formando en torno a sus hermanastros, Isabel y Alfonso, el marqués de Villena le aconsejó que contrajese nuevo matrimonio para procurar un heredero a la Corona. El 21 de mayo de 1455, *Enrique IV* se casó con Juana de Avis y Aragón, infanta de Portugal y hermana de Alfonso V de Portugal. Ésta, con 16 años y conocida por su belleza, vio pasar su noche de bodas “tan entera como venía, de que no pequeño enojo se recibió por todos”. Ni en esta boda, ni en la anterior hubo *sábana pregonera*<sup>12</sup> alguna. El rey, según sus contemporáneos, andaba rodeado de algunos de sus más favoritos de cámara y no de los más afamados. Las damas portuguesas que acompañaron a Juana crearon en la Corte un ambiente de frivolidad, locura y devaneo. Destacaba entre ellas Guiomar de Castro, bella y revoltosa. Por vez primera, dio *Enrique IV* muestras de sentirse atraído por el sexo contrario, encaprichándose de esta dama, a la que para evitar las escenas de celos que le hacía la reina, le puso casa y criados no muy lejos de la Corte.

---

<sup>12</sup>En la Edad Media, la potencia del marido y la virginidad de la esposa se demostraban exhibiendo ante testigos la “*sábana pregonera*” manchada de sangre tras la noche de bodas. A falta de este requisito se suponía que el matrimonio no era válido por defecto de alguna de las partes.

Entre los pajes que estaban al servicio de *Enrique IV*, destacaba el ubetense Beltrán de la Cueva, que gracias a su buena presencia, fue ganando influencia y posición. Beltrán de la Cueva llegaría a ser Mayordomo Mayor, conde de Ledesma, duque de Alburquerque y gran maestre de Santiago, y demostraba “tanto amor al rey que parecía devoción, tanta devoción a la reina que parecía amor”. En 1462, siete años después de su matrimonio, Juana de Portugal alumbraba en Madrid una hija, a quien se le impuso el nombre de Juana y que pronto sería conocida por *la Beltraneja*, al atribuirse su paternidad al citado Beltrán de la Cueva. Los escándalos de esta Corte disoluta iban a tener muy pronto consecuencias políticas muy graves: una guerra civil.



*Beltrán de la Cueva*

Los nobles castellanos, más atentos a sus propios negocios que al bien del reino, frustraron la posibilidad de que *Enrique IV* fuera reconocido rey de Navarra y de Cataluña, cuando le fueron ofrecidos las coronas de estos reinos. Una vez más, *Enrique IV* se había dejado engañar por el marqués de Villena. Como consecuencia, el rey le destituyó y puso en su lugar a Beltrán de la Cueva. Pronto se formó un partido enemigo del nuevo valido, dirigido por el marqués de Villena, que trató de impedir, sin conseguirlo,

que Juana fuera declarada heredera del reino de Castilla. Ante las presiones, el rey se rebajó a mantener entrevistas en Cigales y Cabezón de Pisuerga (Valladolid), con el de Villena. En ellas, el débil monarca se avino a que su hermanastro Alfonso fuera reconocido heredero del reino a condición de que se casara con su hija Juana. Alfonso quedaba así bajo la custodia del marqués de Villena, verdadero ganador de estas intrigas.



*Juana la Beltraneja*

*Enrique IV*, sometido a la presión de su esposa y de Beltrán de la Cueva, al comprobar que su honor quedaba en entredicho, anuló lo hecho y volvió a nombrar a *la Beltraneja* heredera del trono. Entonces, los nobles partidarios de Alfonso arreciaron en sus argumentos sobre la bastardía de *la Beltraneja* promoviendo la *farsa de Ávila*. Sobre un gran tablado visible desde gran distancia, los conjurados colocaron una estatua de madera que representaba al rey vestido de luto y ataviado con la corona, el bastón y la espada reales. En la ceremonia estaban presentes Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, el marqués de Villena, el conde de Plasencia, el conde Benavente y otros caballeros de menos estatus, además de un público compuesto por personas del pueblo llano. También se encontraba allí el infante Alfonso, que por entonces todavía no llegaba a los once años de edad. Se celebró una misa y, una vez terminada, los rebeldes subieron al tablado y leyeron una declaración con todos los agravios de los que acusaban a *Enrique IV*. Según ellos, el rey mostraba simpatía por los musulmanes, era homosexual, tenía un carácter pacífico y, la acusación más grave, no era el verdadero padre de

la princesa Juana, a la que por tanto negaban el derecho a heredar el trono. Tras el discurso, el arzobispo de Toledo le quitó a la efigie la corona, símbolo de la dignidad real. Luego el conde de Plasencia le quitó la espada, símbolo de la administración de justicia, y el conde de Benavente le quitó el bastón, símbolo del gobierno. Por último, Diego López de Zúñiga, hermano del conde de Plasencia, derribó la estatua gritando “¡A tierra, puto!”. Seguidamente subieron al infante Alfonso al tablado, lo proclamaron rey al grito de “¡Castilla, por el rey don Alfonso!” y procedieron a la ceremonia del besamanos. Esto ocurrió en 1465.

Rebeldes y realistas se prepararon para la guerra, mientras el maestre de Calatrava, Pedro Girón, obtenía el consentimiento de *Enrique IV* para contraer matrimonio con su hermanastra Isabel. La infanta Isabel tuvo suerte, ya que Pedro Girón, ya anciano, moría camino de Madrid, antes de celebrarse la boda, muy posiblemente envenenado por “algunas hierbas”. El 20 de agosto de 1467, el ejército rebelde se enfrentó en Olmedo (Valladolid) al realista, que aunque el triunfo se decantó por *Enrique IV*, la victoria no fue decisiva. Al año siguiente, Alfonso falleció en Cardenosa (Ávila), también posiblemente envenenado. Los nobles rebeldes ofrecieron entonces a Isabel la corona de Castilla; ella la rechazó alegando que no ocuparía el trono en rebeldía contra su hermanastro.

El marqués de Villena, llevado por su odio a Beltrán de la Cueva, prometió a *Enrique IV* que todos los rebeldes depondrían sus armas si nombraba a Isabel heredera del trono. El 19 de septiembre de 1468, *Enrique IV* se entrevistó con Isabel. Por el Tratado de los Toros de Guisando (Ávila), el soberano reconocía a Isabel como heredera y sucesora del reino, comprometiéndose a no casarla contra su voluntad, aunque Isabel tampoco podía casarse sin el consentimiento del monarca. Además, *Enrique IV* se obligaba a que su esposa, Juana de Portugal, no regresara a la Corte.

*Enrique IV* entregó la custodia de su esposa al arzobispo de Sevilla, que la llevó al castillo de Alaejos (Valladolid), en 1468, donde el prelado tuvo la desfachatez de galantearla. Juana de Portugal se enamoró de Pedro de Castilla y Fonseca, *el Mozo*, hijo del alcaide del castillo y bisnieto de *Pedro Iel*

*Cruel*<sup>13</sup>. De estos amores nacieron dos hijos, Pedro y Andrés. Juana se fugó del castillo con su amante acabando sus días en el convento de San Francisco de Madrid, a los 36 años, pocos meses después del fallecimiento de *Enrique IV*.

Isabel rechazó con absoluta firmeza el matrimonio con su tío Alfonso V de Portugal, alegando mucha diferencia de edad. Por su parte, *la Beltraneja* fue utilizada como representante de un grupo de insatisfechos políticos que defendían su candidatura. Mientras tanto, las conversaciones secretas para casar a Isabel con Fernando – los futuros *Reyes Católicos* –, hijo de *Juan II de Aragón*, proseguían a buen ritmo. Muy avanzado el año 1469, Fernando, disfrazado de arriero al servicio de cuatro caballeros aragoneses, llegaba a Dueñas (Palencia), donde le esperaba Isabel. Pero había una dificultad para llevar a cabo el enlace: obtener la dispensa papal de consanguinidad. Juana Enríquez, de ascendencia judía - mujer de fuerte carácter y ambiciosa - reina de Aragón y madre de Fernando, era hija del Almirante de Castilla, Fadrique Enríquez de Mendoza, y por tanto descendiente de la Casa de Trastámara y emparentada con Isabel. El arzobispo de Toledo, Carrillo, mostró a la novia una bula con la dispensa papal, que posteriormente se demostraría era falsa, aunque el Papa Sixto IV no tuvo inconveniente en dar su consentimiento. Cuando *Enrique IV* tuvo noticias del matrimonio secreto, que la propia Isabel le había desvelado mediante una carta, revocó el Tratado de los Toros de Guisando, volvió a reconocer la legitimidad de Juana nombrándola heredera al trono, lo que dio nuevas alas a los partidarios de *la Beltraneja*.

Los partidos de Isabel iban aumentando. Quizá por esto, en diciembre de 1473, *Enrique IV* tuvo una entrevista con su hermanastra Isabel en Segovia; en ella, una vez más, se desdijo de sus anteriores afirmaciones comprometiéndose a reunir Cortes para que la reconocieran como sucesora del reino. Poco tiempo después falleció el intrigante Juan Pacheco, marqués de Villena.

El 11 de diciembre de 1474, en extrañas circunstancias, se sospechó de un envenenamiento del que fallecería *Enrique IV*. En su flaco rostro se refleja-

---

<sup>13</sup>*Pedro I de Castilla* (1334-1369) llamado en la posterioridad *el Cruel* por sus detractores y *el Justo* o *el Justiciero* por sus partidarios. Fue rey de Castilla desde el 26 de marzo de 1350 hasta su muerte.

ron extrañas y violentas contracciones y muecas. Su cuerpo era una sombra del que fue; frecuentes vómitos de sangre le dejaron sin fuerzas; demacrado, esquelético, muy pálido, encerrándose en un silencio obstinado; su mirada vagaba en busca de un rostro amigo, pero no había ninguno: solo los médicos y algunos escasos cortesanos. A las preguntas que se le hacían sobre si había de ser Juana o Isabel su heredera, no contestó. Despectivamente, volvió el rostro hacia la pared, deseando no ver a nadie. Muy entrada la noche, un último temblor recorrió su cuerpo; el monarca expiró. Con él se extinguía la línea masculina de los Trastámara.

*Enrique IV* dejó sin resolver el problema sucesorio. La guerra civil, entre los partidarios de *la Beltraneja* y de Isabel, la ganaría ésta última. Gracias a esta victoria, la formación de la España que ahora conocemos, dio su primer paso.

**Bibliografía:**

RÍOS MAZCARELLE, Manuel. Diccionario de los Reyes de España.  
LOZOYA, Marqués de. Historia de España.